

PÁGINAS LITERARIAS

La hoja de parra¹

Las dos de la tarde acaban de dar en el gabinete, amueblado con el lujo aparatoso é insolente propio de una cortesana vulgar enriquecida de pronto, cuando Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar, y aun tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños de la chimenea y aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tarretes, frascos, polvoreras y cuanto había menester para peinarse; en seguida inclinó el espejo hacia sí, se sentó, y, sin llamar á la doncella comenzó á soltarse el largo y abundoso pelo, antes castaño muy obscuro, y ahora teñido de rojo caoba como el de las venecianas á quienes retrató Tiziano. Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado; primero, por horror instintivo á que otra mujer le manosease la cabeza, y además porque deseaba estar sola cuando su amante, según costumbre, iba siempre á la misma hora para deleitarse en contemplarla, bien arrellanado en un sillón, en tanto que sus manos primorosas se hundían y surgían de entre las matas de cabellera formando altos y bajos, bucles, ondas y rizos hasta dejar prieto y sujeto el moño con horquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería ó por dar tiempo á que su dueño y señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose á veces para distraerse en otras cosas:

pues lo esencial era que al aparecer su amante aun tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisonjeras, dándole á ella pretexto para estar con el escote entreabierto y los brazos desnudos, puestos en alto haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo y apartando medias y puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le harían un bonito pie, antes de pagarlos, y, por último, se probó un cubrecorsé y una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndose más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta y en su gentil cabeza de mujer dominadora y altiva.

Era rubia y muy blanca, verdaderamente hermosa y bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar á la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos oscuros, de mirar expresivo, y los gestos y ademanes tan enérgicos y desenvueltos, que á un tiempo delataban la vivacidad de su carácter y el empeño de mostrar una gracia más provocativa y libre de lo que su propia índole consentía. Aun no delataban su lenguaje y modales completa perversión; mas ya sabía desplegar á modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo y la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo y con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos y lo extremaba, siendo tan complaciente y mimosa al concederse como dura y despótica para dominar su amante, que la quería poco y la estimaba menos; pero hallaba en ella dulcísimo empleo á sus sentidos porque era hermosa, y completa satisfacción á su vanidad porque le costaba mucho.

¹ Los lectores de RENOVACION agradecerán que les hayamos servido este interesante artículo crítico de uno de los más eminentes escritores españoles contemporáneos.

Parece haber sido escrito aquí, para pintar á alguno de esos señores respetables que peroran de día contra la inmoralidad reinante y asisten de noche con fruición á los espectáculos del difunto Teatro Olimpia cuando no á más sustanciosos entretenimientos en los barrios bajos.